

LOS DIAS Y LAS HORAS

(DE UN DIARIO INTIMO)

Abril 5...

DE pronto me dijo:

—¿Te acuerdas de madame Jand? ¡Cómo veo aún a la anciana señora Jand! Su recuerdo me hace sufrir. Terminó en el asilo. ¿Sabes?... ¡En el asilo! Allí, como conversaba mucho con otro viejito creyeron "conveniente" casarlos. Quizás soñaron los directores que aquella cabeza blanca, tan suave con su dulce sonrisa y el mirar brillante de inteligencia, era el poema terminado del asilo. En verdad, fué un encuentro después de viejos. ¡Cómo no intimar! Aún le quedaba ese descanso: narrar su larga historia, escapada en planos desvanecidos por los miles de caminos recorridos en su amarga vida. Un tiempo después, murió. No sé cuántos días alcanzó a vivir...

—¡Si me acordaba de Madame Jand! Se experimentaba una sensación armoniosa junto a aquella figura. Tenía como sus montañas suizas la cabeza blanca y en el corazón la "impronta" de Francia. Casada con un arpista distinguido, su existencia fué un tanto trahumante, hasta que llegó aquel hijo, tan músico como el padre. Más tarde desaparecido el padre, hubo de recorrer nuevamente el mundo con el hijo, hasta que un día se sintieron cansados. Llegaron a Maldonado y creyeron en una revelación.

Algo de montañas, algo de los lagos... algo de los bosques. Por todas partes asomaban sus recuerdos. ¡Pero, un músico vivir en Maldonado! Si fuera un pájaro quizás lo lograra. No era fácil conformarse con un poco de paisaje. Vinieron los malos días. El empezó a sentirse nervioso, descontento, sin saber a qué referirlo. Mantenía su exterior sin alteraciones, correcto, pero daba sus clases con mal humor, a gritos contra los alumnos inexpertos o torpes. Luego de terminar sus clases volvía a la sonrisa. Al llegar a su casa era cuando empezaba nuevamente la tragedia. El malestar lo asaltaba. No sabía por qué ni de dónde nacía.

Estaba en todos lados: en su comida, en su ropa... en el tiempo malo. La pobre viejecita iba y venía queriendo interpretarlo. Su inteligencia que acuciaba su amor entrañable al hijo, le impedía ver otra cosa que la amargura de aquella vida chocando en los pequeños obstáculos familiares. Sus manos hacendosas atendían la comida, creaban el tejido abrigado, la bufanda, el "pull over", "le dessous", todo aquello que podría mitigar en parte, ese malestar físico...

Yo lo visitaba muchas tardes. Hacíamos música, acompañándole con la flauta, y, en las noches de invierno, las sonatas de Bach, pacientemente ensayadas, llenaban las modestas habitaciones, con un perfume antiguo que no era posible sospechar se encontrara en la humilde ciudad. En esos momentos aparecía madame Jand, con los ojos brillantes, alegre! alegre! hasta reír, y por decirnos algo, obligada a exteriorizar sus sentimientos: "—¡Qué entusiasmo, qué fuerza!", nos repetía con voz contenida. Y volvía a esconderse en las piezas interiores no queriendo perturbarnos.

Y el hijo, que se conmovía profundamente, hasta las lágrimas, al oírlo, dejaba, lentamente, que se aquietara su emoción. Luego, como para terminar, tomaba el arpa y enviábamos a la madre, la bucólica canción de "L'Arlesienne". La flauta evocaba la dulzura del paisaje alpino; la canción, todos los recuerdos de su juventud. Aquella noche no había amargura. Nos despedíamos llenos de un místico sentimiento amistoso, y me recomendaba: "—¡No falte! ¡Venga a ensayar! Vea que Bach necesita mucho "tiempo" y hay que "afiatar" para lograrlo". Y cuando volvía, el cuadro había cambiado. Frente al balcón la madre, llorosa, me decía:

—Dígame, ¡por favor! ¿Ve usted aquella rosa del jardín del vecino? ¿Sí?... ¿Es blanca o rosada?

—¿Y por qué? — interrogaba asombrado, descubriendo lágrimas en las rosadas mejillas de madame y el rictus salvaje de su hijo apretando los dientes y silbando las frases.

—Porque este hijo dice que es rosada... Digame ¡por favor! Temo volverme loca. ¿Es o no blanca?

El hijo la interrumpía con los dientes apretados:

—¡Sí!... ¡Es blanca!

—Y por qué, hijo, ¿por qué me discutes si es blanca?

El no conseguía aclarar. Se llenaba de rabia, decía mil cosas. Afirmaba, volvía a negar, y luego concluía, casi mesándose los cabellos:

—¿Y si saben que es blanca, por qué no me dicen que es rosada? Así yo también estaría tranquilo...

miraban el cuadro sombrío. Ella los quitó de sus marcos y los guardó en una caja.

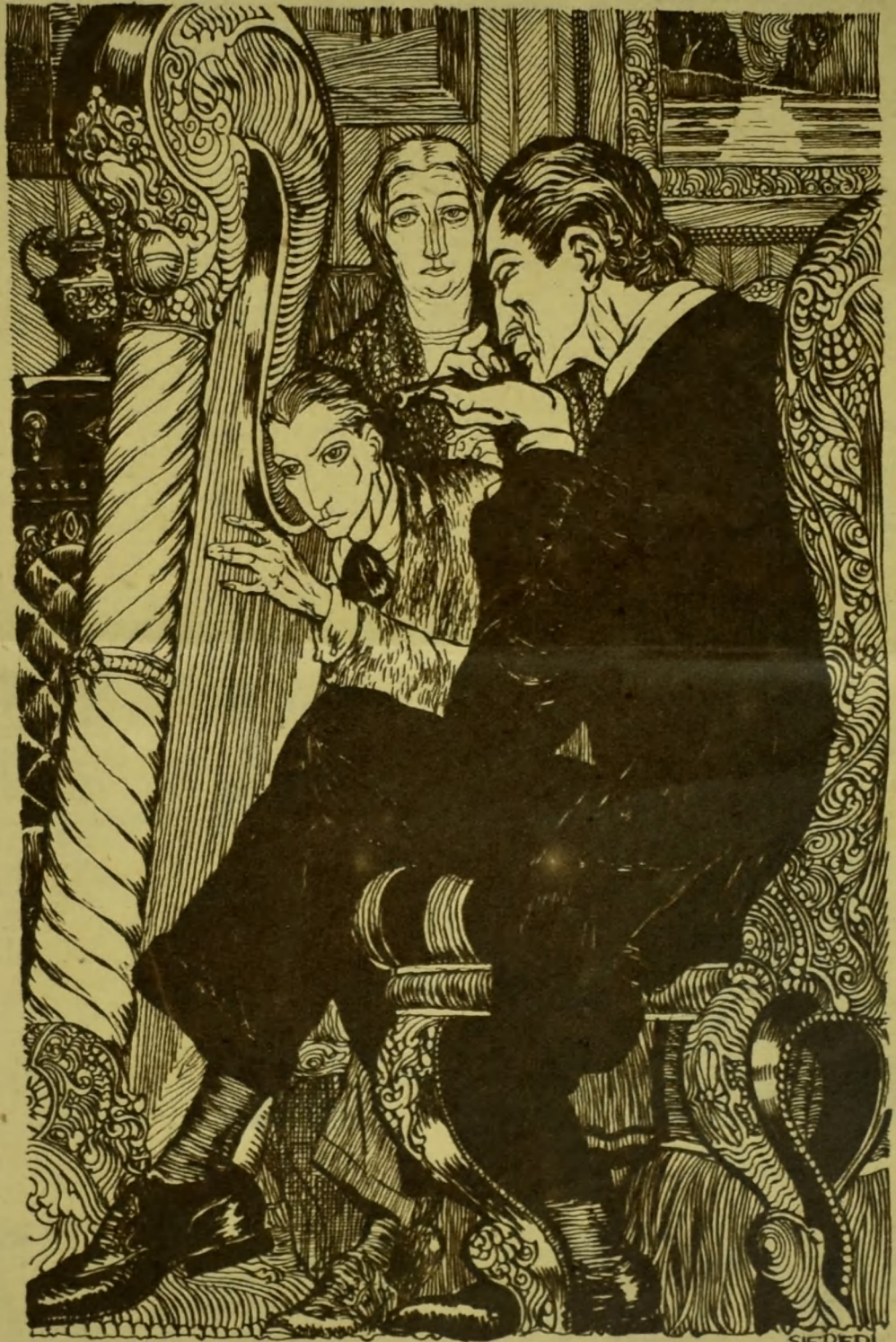
No podía desprenderse de toda una vida de arte... Y, de pronto, mientras vendía una lamparilla eléctrica o ponía precio a un atril, aparecía la imagen del hijo talentoso, ahora idiota, hundido en el nosocomio. Se le nublaba la vista, se acongojaba hasta el sollozo y, en lugar de llorar, decía:

—Un peso. Dos pesos...

—¡Oh, señora! ¡Valen diez!

—Deme, pues, lo que le parezca.

Ella, la normalista brillante, que paseía los altos diplomas de las escuelas suizas,



DIBUJO DE SIFREDI

Y las lágrimas corrían por sus mejillas. —¡Hijo! ¡Hijo!... Pero él se iba y ya no había música aquella tarde.

Dos meses en los que no lo vi, bastaron para precipitar la caída. La enfermedad larvada, que venía anunciándose, estalló bruscamente y le tomó el cerebro... No lo vi más. Con él debió abandonar la ciudad madame Jand. Ese día no lo podré olvidar. Madame tenía la tristeza de quien ve su vida rota: quebrado el báculo para subir la montaña. Algo de remate y de despedida en cada cosa. Debía vender todo y no sabía qué hacer de muchos objetos. El violín, ¡el arpa!, para qué guardarlos, a quién venderlos. Todos los grandes directores de orquesta, Strauss, Windergartner, los grandes cantantes, las sopranos célebres, cuyos retratos llenaban las paredes, con autógrafos que atestiguaban reconocimiento, por la excelencia de sus interpretaciones.

no tuvo más recurso que aceptar una plaza de lectora... Luego, faltó también esta plaza. Por un tiempo los amigos la recogieron... y, de allí, al asilo... Más triste que la primavera destruida fué este otoño sin premios, sin un sol de afecto, destruido por la fatalidad de las cosas.

¡Si me acuerdo de madame Jand! La cabeza nevada, el corazón alegre, la bella inteligencia, todo huyó en un instante. Así, de un soplo, se apagan las lámparas maravillosas y las más humildes bujías de grasa...

R. Francisco MAZZONI.

Maldonado, agosto de 1947.



CANAS



NO DESTRUYA SU CABELLERA CON EL USO DE TINTURAS

Use LA CARMELA, que es un producto de confianza consagrado en el mundo entero. LA CARMELA devuelve al cabello su color natural en pocos días sea rubio, castaño o negro. Es de uso cómodo y agradable y no mancha la piel ni la ropa. Destruye la caspa y evita la caída del cabello.

PUEDE LAVARSE LA CABEZA Y CENSERSE LA PELLE EN FARMACIAS Y PERFUMERIAS

AGUA DE COLONIA
LA CARMELA

Distribuidor: J. NAVARRO
FLORIDA 1544
TEL. 8-86-68



Rojo Majestad

LA REVELACION DEL AÑO

... ENCANTA A MI REY" dice la esposa de DICK HAYMES, el popular cantante.



Rojo Majestad
ULTIMA CREACION de

Tangee